

dad. Ha sido mérito indiscutible de *Kretschmer* haber enseñado que una cierta configuración corporal lleva aparejado un modo de ser anímico; que el hombre bajo y rechoncho, peludo, de cuello corto y carne fofa, de cara pentagonal y calvicie prematura, el pícnico, es hombre alegre o triste, pero nunca frío, capaz de gozar y sufrir, de ponerse a tono con su ambiente, es decir, sintónico; y que, por el contrario, el individuo asténico, longilíneo, largo y delgado, de nariz alargada y cabeza pequeña suele ser hombre metido para dentro, seco y serio, o demasiado sensible o harto frío para las cosas de alrededor. No vale la pena, para nuestros fines, seguir a *Kretschmer* hacia las importantes consecuencias psiquiátricas de su modo de ver, sino solamente en una parte de sus conclusiones: aquella que estudia la relación entre la disposición somato-temperamental y la disposición artística y define al hombre de genio, un poco anormal, en función de su disposición.

Se comprende bien que el gordo bonachón, tan apegado a la realidad, sea un poeta realista, y que, por la medida en que siente y goza con los demás, sea un humorista bonachón e indulgente; el largo, en cambio, metido hacia dentro, sin contacto con la realidad, será un poeta soñador y romántico; patético o irónico por su hipersensibilidad, o, por su frialdad, rígidamente cuidadoso de la forma. Una consecuencia parecida se obtiene del estudio del temperamento y la constitución corporal en los sabios, en los héroes, etc. En esa trabazón de lo físico y lo psíquico, a un paso de ciertas formas de locura, está la esencia del hombre de genio. En otro tiempo—incluso antes de *Lambroso*—se había dicho que los artistas—los genios—eran gentes

